

sufriste privaciones y estrecheces,
porque todo lo tuyo malgastaste
con los otros!... Al mísero mendigo
que en tu casa se entró, no preguntaste
jamás, si era tu amigo o tu enemigo...
Al calor de tu mesa le sentaste,
y con él compartiste
cuanto en tu casa había...
¡Y tanto prodigaste tu alegría
que has venido a quedar mendiga y triste!
Como todo lo diste,
ya no tienes ni techo
que te cubra, ni lecho
donde poder dormir por vez postrera...

La tierra te es hostil. Como una fiera,
perseguida por todos, sola marchas
entre las sombras y entre las escarchas,
tiritando de frío,
sintiendo en torno tuyo
la frialdad angustiosa del vacío...
Sola... ¡no!; que a tus pies, gruñe sombrío,
como un mastín famélico, tu orgullo!

Sangrando el corazón por mil heridas,
te rindes a tu eterna pesadumbre...
¿En qué hogar, al amparo de qué lumbre,
calentarás tus manos ateridas?...

XVIII



SOÑANDO CON UN MÁGICO TESORO,
como un gnomo a la luz de una linterna,
penetré de mi vida en la caverna...
Descendí, pero en vez de hallar el oro
soñado y las gemas fabulosas,
sólo hallaron mis ojos
serpientes venenosas
enroscadas y presas entre abrojos...
Descendí más aún... Y hallé carbones
apagados : residuos de pasiones

para siempre extinguidas,
cenizas de escorpiones
y osamentas de águilas podridas...

Y penetré más hondo... Y miré rotas
esculturas, pedazos
de mármoles y jaspes de remotas
arquitecturas; mutilados brazos
de alguna Venus... Descendí más hondo
y entre escoria y escombros, rutilante,
de la caverna lóbrega en el fondo,
mis ojos contemplaron un diamante...
La lágrima primera
que vertí en una amante despedida...
¡Y esa lágrima era
el único tesoro de mi vida!...

XIX



¡Y vida es un asceta
que enterrado en su gruta silenciosa,
igual que en una fosa,
rechinantes los dientes, con su inquieta
mano por la crueldad exacerbada,
en un sangriento y trágico torneo,
disciplina su carne atormentada
por todos los demonios del deseo...
¡En vano, en vano por sus miembros corre
la sangre en chorros de escarlata viva!...

¡La mano del Señor no le socorre!...
¡La paloma regresa... sin olival...

¡En vano un blanco Arcángel: la Pureza,
sembrando rosas y esparciendo lirios,
desciende hasta sus lúbricos martirios,
pues del divino Arcángel la belleza,
en vez de apaciguarle, más le excita,
porque a su ardor le evoca
la belleza imposible e infinita
que nunca pudo desflorar su boca!

XX



ATIGADA a mi lado te has dormido
como una fiera ahita... ¿Y yo he podido
— ¡maldito el fuego de las venas seal —
humillar, como efímero trofeo,
a las plantas brutales del Deseo
la excelsitud divina de la Idea?...

¡Palomas de mis sueños; ojos claros
de pureza y de paz, ¿qué íntima furia
me arrebató a arrojaros
al famélico halcón de la Lujuria?

Un acre hedor a podredumbre exhalas
que la obsesión de mis sentidos vela...
— ¡Alma mía, si Dios te ha dado alas,
deja la carne que se pudra, y vuelal...
¡Vuela como la alondra, en la frescura
matinal, y sé pura
como las rosas y como el rocío;
y deja que el fantasma del Hastío,
arrebujado en la neblina oscura
se estremezca de frío,
y bostece, velando junto al lecho
donde medio desnudo y sudoroso,
pálidas las mejillas y ojeroso,
yace nuestro deseo satisfecho!...

La lividez azul de la mañana
filtrándose a través de la persiana
sobre las frondas del jardín abierta,
las palideces de su faz pronuncia,
dándole ese verdor azul que anuncia
la podredumbre de la carne muerta...
¡Oh, triste fin de la lascivia humanal!...

XXI



uza, que al oceano
de mis recuerdos llegas, ¡ay, detente!...
¡No te arrojes, hermano!...
¡Al fondo bajarás inútilmente,
y ni una perla encontrará tu mano!...

Ni una rama siquiera
de coral, con que ornar la cabellera
o el seno de tu amada...
¡Allá en su fondo, fuera
de monstruos como yo, no queda nada!...

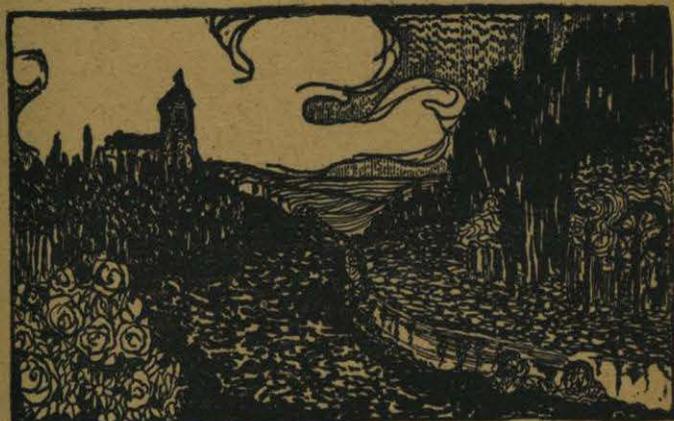
¿No ves ese fulgor de pedrería
que incendia sus cristales?... ¡No es el día
que desabrocha al sol sus tulipanes
de luz, sino el fulgor de los volcanes,
llamaradas sulfúricas y hurañas
de profundos incendios pavorosos,
cánceres monstruosos
que devoran sus íntimas entrañas!...

¡Los áureos galeones
que en sus aguas se hundieron,
en su fuego interior se consumieron,
y sólo de ellos quedarán carbones!...

¡Las joyas en el fuego se fundieron!...
¡Todo fué pasto de los tiburones!...

¡Sólo dentro del vientre color-lijá
de alguno de estos monstruos inhumanos,
pudieras encontrar, ¡ay!, la sortija
que en días tan alegres cual lejanos,

fulgurar mis pupilas contemplaban,
con su brillo animando aquellas manos,
— manojitos de humanas azucenas, —
tan blancas y tan finas que dejaban
trasparecer y azulear las venas!...



ESTAS ansias latentes
de un no sé qué... El tormento
de errar nuestro destino : diferentes
matices más de un mismo sentimiento...

Y la aurora... Y el viento
que los ojos insomnes de amargura
y nuestras sienas febricantes besa,
son como una promesa

de rosas que se abren, de frescura
de campo y paz de aldea...

La ciudad, en la calma matutina
se borra del recuerdo... Serpentea
la plata de un arroyo en la neblina,
entre alamedas, sauces y mimbrales...

Algazara de pájaros; camino
entre vallas de adelfas y zarzales,
y la fresca blancura del molino
con perfumes de harina y de rosales...

¡Vagar, vagar, Dios mío,
húmedos los cabellos de rocío,
sin afanes ni prisa,
por la sendas, cogiendo zarzamoras,
mientras claras, cordiales y sonoras,
las campanas, al sol, tocan a misal...

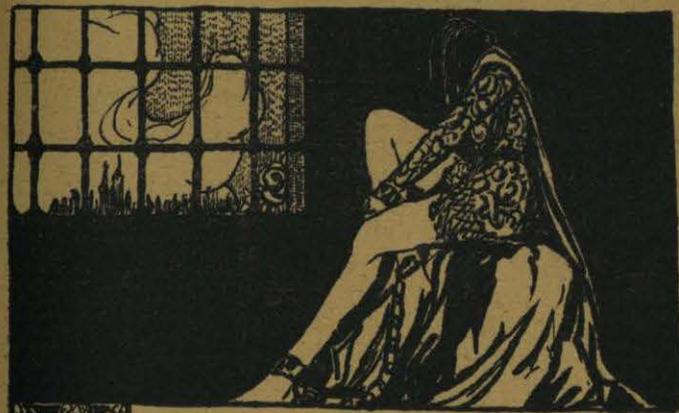
Mas la ciudad despierta con sus ruidos
de enjambre laborioso... Mis oídos
desgarra el trepidar de algún tranvía...

¡Campestres sueños de mi fantasía,
sois como pobres pájaros sin nidol...
¡Ocios del corazón, empieza el día!

Tocan en los cuarteles a diana;
la prosaica y altiva chimenea
de una fábrica, humea...
¡Adiós, sueños!... ¡Dormid... y hasta mañana!

¡Voluntad de soñar adormecida,
la lucha va a empezar!... Torna a tu puesto
a luchar por la vida..., ¡ay, si esto
tan monótono y gris puede ser vida!

XXIII



A de tanto penar enloquecido,
quiere a veces mi pobre pensamiento,
poner diques al mar y freno al viento...
¡Petrificó mis fuerzas el olvido!...

¿Adónde iré tan débil y cargado
con tantas ansias y con tantas penas?...
¡Tanto tiempo he vivido aprisionado
que hasta les tengo amor a mis cadenas!

Prisionero, ¿qué sueñas?... ¿Por qué ansías
romper estas prisiones?... ¡Si lograras
mirarte en libertad, tal vez lloraras,
y de nuevo a tu cárcel tornarías!..

Tu libertad es sólo un espejismo
con que engañas la angustia de tu pena...
Tu propia mano es quien te encadena...
Y ¿cómo libertarte de ti mismo?..

XXIV



Qué nueva quimera
en la paz de esta nueva Primavera,
sujetarán mis manos de las crines,
para saltar sobre su grupa oscura,
y, paladín de nuevos paladines,
encerrado en mi fúlgida armadura,
y suelto al viento el gonfalon de guerra,
entre un áureo alarido de clarines,
de nuevo altivo atravesar la tierra,
para reconquistar para el profundo
anhelo de mi fe, en lo imprevisto,

el sepulcro inmortal de un nuevo Cristo
que otra vez vuelva a redimir el mundo?...

Nuevamente un gran ímpetu de vida
me ha armado caballero : la florida
ilusión de la nueva Primavera
florece en el airón de mi cimera,
y borda de áureos lises un tesoro
en mi manto ondulante de escarlata...
Mis armas y mi escudo son de plata
y mis vestidos de tisú de oro...

Un nuevo sol glorioso resplandece...
¡Todo está preparado!... Un palpitante
anhelo de conquista me estremece
hasta en lo más profundo... Mi mesnada,
la lanza en ristre y la visera echada,
para emprender la bélica jornada
sólo espera que griten : — ¡Adelantel!...

¿Qué ciudad misteriosa asaltaremos?...
¿Por qué Dios, por qué patria lucharemos
hasta morir en el combate rudo
o gloriosos triunfar en la demanda?...

¿Qué nombre amado brillará en mi banda
y qué divisa ostentaré en mi escudo?...

¿Qué cautiva hermosura
temblando en el arzón, mientras estrecho
con mis brazos amantes su cintura,
medio desnuda y lívida de espanto,
se apretará a mi pecho
para ocultar su faz bañada en llanto?...

¿Qué nuevo Vellochino
ofrecerá a mis huestes el Destino?...
¿Contra quién lucharé?... ¿Qué golpe fiero
cercenará mi última esperanza?...
¿Sobre qué peto astillaré mi lanza?...
¿Sobre qué yelmo mellaré mi acero?...

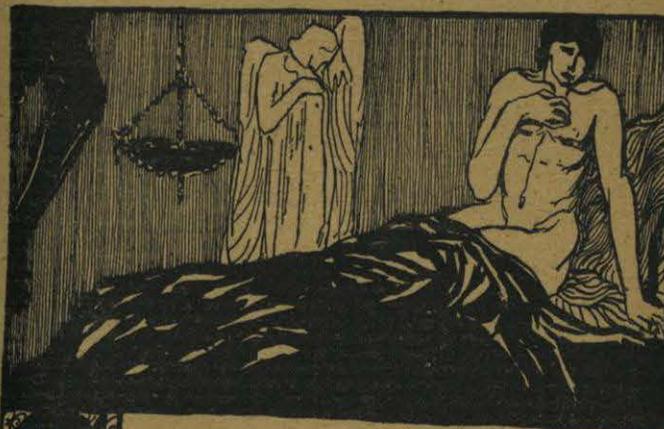
— ¡Eterno paladín de la Locura,
licencia tus mesnadas!... ¡Tu armadura
y tus armas suspende en las hurañas
salas de tu castillo solariego,
para que tejan sobre ellas luego
su olvido fugitivo las arañas!...

¡No tienes Dios, ni patria, ni bandera,
ni ensueños, ni ideales, ni siquiera
enemigos!... No existen en el mundo
reinos que conquistar, ni en su profundo
seno aun encierra avaro el Oceano
islas desconocidas... El impío
anhelo de saber del barro humano
la fe hizo inútil y el misterio vano...
¡Las almas bajo el sol tiemblan de frío,
y en el azul Jerusalén lejano
el sepulcro de Cristo está vacío!

¡Tintas en sangre las revueltas crines,
león que sucumbe, pero no se abate,
como aquellos heroicos paladines
que eternizó en sus mármoles la Fama,
no morderás el polvo en el combate
por tu Dios, por tu patria y por tu dama!

¡Solo quizás, al borde de un abismo,
sucumbirás, iluso caballero,
atravesado por tu propio acero,
en combate mortal contigo mismo!...

XXV



CUANDO en noches de insomnio y pesadilla,
con las uñas clavadas en el pecho
y escaldándome el llanto la mejilla,
estallo de tristeza sobre el lecho;
si con la farsa de tu amor deliro,
y pronuncio tu nombre, que es suspiro
de amor y a un tiempo maldición de odio,
hasta el Ángel Custodio
que me vela, agobiado de tristeza,
humanos gritos de dolor exhala,

y al sollozar oculta la cabeza,
igual que un ave herida, bajo el ala!

Y el mismo Crucifijo
tallado en la pared, también parece
que me mira llorando, y se estremece
cual si a mis penas suspirase: — ¡Hijo,
templa tu sufrimiento con el mío,
compara con el tuyo mi vacío!...
También por redimir culpas ajenas,
mírame, con el pecho desgarrado,
goteando sangre sin cesar las venas,
toda una eternidad crucificado!

XXVI



aquella voz, que era
al par grave y suave,
me suspiró al oído: — Nadie sabe
nada de nada... Nuestra vida entera
es un enigma sin razón ni clave...
¡El misterio de Dios no tiene llave,
y en vano abrirle tu ansiedad espera!...
Todo, todo fué en vano:
tu inquietud, tu dolor y tu alegría!...
¡Al principio y al fin de cada día
hay fatalmente, siempre, el mismo arcano!...

¡Sobre la inmensidad de este Oceano
ninguna estrella con su luz nos gual...
Inútilmente golpeará tu mano:
¡hasta la eternidad está vacía!..
¡Tu existencia no más es un gusano
que en el cadáver de algún Dios se cría!..
¿Quién eres? ¿Dónde vas? ¿De dónde vienes?
Sombra en sombras, reflejo entre reflejos...
¡Tu principio y tu fin en ti contienes,
y a la par estás cerca y estás lejos!..

¡Eres cuna y sepulcro de ti mismo:
todo y nada a la par!.. Y tu deseo
por no sé qué milagro de espejismo,
te convierte en gigante de pigmeo,
y te hace ver un cielo en cada abismo!..

Tu soberbia altanera
quiere regir en la celeste esfera
el misterio de las constelaciones,
cuando no sabe domeñar siquiera
el tumulto vanal de tus pasiones!

Tu misma voluntad merma y restringe
tu efímero poder, y con el dedo
en el labio, tu vida, es una esfinge
que no te atreves a invocar de miedo! —

Y apagóse la voz... Y lentamente
fuí levantando mi abatida frente...
La luminosa claridad del día
en los cristales del balcón reía,
y en mi alma el milagro del Oriente
con sus sagrados lotos florecía!..

¡Y hasta el Buda de plata que mi mesa
de trabajo preside, a la luz vana
del alba que azulaba mi ventana,
parecía surgir temblando de esa
engañosa inconsciencia del Nirvanal!..

XXVII



A Musa del arroyo, desgreñada
como una loca, al populacho incita
al vicio, al robo y a la barricada...
—¡Venganza!—ronca de aguardiente grita,
dando traspies y alzando el brazo airado,
donde a los vientos flota, cual bandera,
sucio y rojo pingajo desgarrado
del corpiño de alguna pordiosera...

¡Esa es la Musa trágica que impera
en las modernas urbes! Como loba
a quien el hambre y la lujuria azuza,
de noche, aullando, por las calles cruza;
mata por gusto y por capricho roba...

— ¡No más señores! — clama —, ¡no más yugo! —
Y ella, por un mendrugo
de pan y por un vaso de mal vino,
como una perra en celo que babea
de lascivia, al ladrón y al asesino,
a todo comprador que la desea,
brinda, jadeante y trémula, en el hueco
de alguna sucia puerta o al arrimo
de un solar, cual raspojos de un racimo,
las podredumbres de su cuerpo seco...

¡Musa plebeya y repugnante; Musa
de encrespados cabellos de Medusa,
baldón de la poesía,
que desnuda, con bramas de leona,
las ruinas de su carne contorsiona
sobre la inmunda mesa de la orgía,

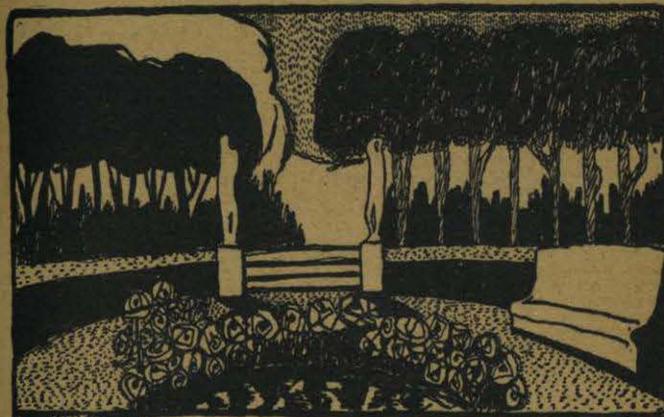
mientras la chusma ebria palmotea;
y la pipa que humea
y el tufo del mechero
de petróleo y el vaho del aguardiente,
apestan y envenenan el ambiente
con un pútrido hedor de estercolero!...

Musa del lupanar y la impureza,
de senos mustios y de faz ajada,
donde no queda ya nada de eso
que es ternura, que es gracia y es belleza,
¡desnúdame el puñal de tu mirada;
siéntate en mi rodilla y dame un beso!...

Y para ahogar el tedio que devora
como lepra mi vida, que se hastía
ya de tanta virtud como atesora
y de tantas venturas como ansía,
¡ven y enrosca tu brazo a mi garganta,
como enrosca sus furias la serpiente,
y ronca de impudor y de aguardiente,
a mi fastidio de pureza canta,

mientras tus dedos lívidos y expertos
despiertan mi deseo adormecido,
la canción más canalla que han oído
los sucios lupanares de los puertos!...

XXVIII



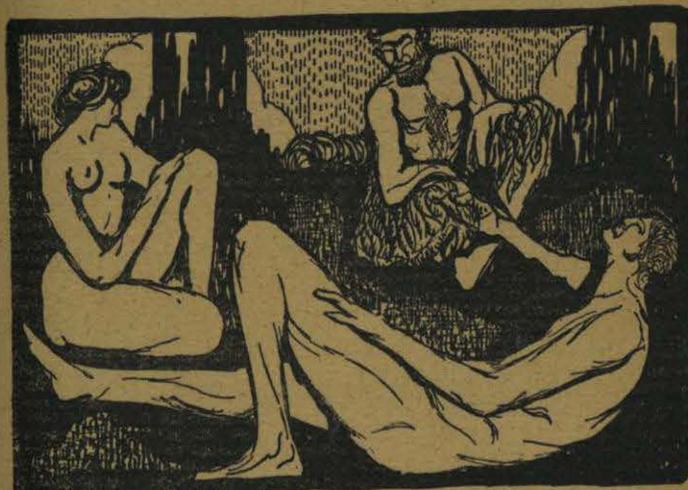
¡ vida es una ciega que atraviesa
un jardín floreciente
en pleno abril... Presiente
al Amor; se embelesa
respirando su aroma en el ambiente...
Pero nunca lo mira ni lo besa...

Mi vida es una sorda en un concierto...
Mira el arco que hiere
las cuerdas del violín... El ojo experto

siguiendo el curso de los arcos, quiere
adivinar las notas, mas su oído
nada percibe... El labio entristecido
se pregunta a sí mismo, suspirando :
— Decidme, ojos que lo estáis mirando,
¿cómo es y a qué sabe su sonido?... —

Amor, en donde mi esperanza templo,
amor eterno por quien vivo y lucho,
¡cuando miro tu faz, tu voz no escuchol...
¡cuando escucho tu voz, no te contemplo!...

XXIX



CUANDO en las pausas del amante juego
contempla mi mirada codiciosa,
sobre el ensueño de damasco rosa
tu intacta desnudez de mármol griego,
hundiendo en tus cabellos mi cabeza
para aspirar mejor tu íntimo aroma,
te digo, en un arrullo de paloma :
— ¡Eres la eternidad de la belleza! —